

LOS MARINOS DE LA EMANCIPACIÓN. UN PROTAGONISMO HISTÓRICO

José CERVERA PERY
General Auditor
Correspondiente de la Real Academia de la Historia

No sería totalmente sincero si no reconociera que el tema que trato de exponer ante ustedes exige un ejercicio de concreción que ofrece no pocas dificultades y, sobre todo, que demanda un criterio clasificador que puede comportar críticas o controversias. Las nóminas de los marinos que a bordo de los buques de la vieja España o de las jóvenes repúblicas americanas lucharon en defensa de sus ideales es amplia, dinámica y generosa. No es posible por tanto configurar un censo de protagonismos con la rigurosidad y precisión adecuada. El hombre —se ha dicho muchas veces— es consustancial a su circunstancia, y en este caso la acción o actitud naval desplegada en los escenarios estratégicos del Atlántico o el Pacífico, en sus orillas americanas, va unida indisolublemente a los hombres que la posibilitaron.

En la iniciación, desarrollo y más tarde consecuencias del conflicto, la Marina tendrá asignado un papel de primer orden por muchas y lógicas razones. En primer término, porque hombres destacados en los escalafones de la Armada asumen protagonismos esenciales; virreyes como Liniers, Apodaca, Hidalgo de Cisneros, etc., y junto a ellos, jefes de gran prestigio como Laborde, Gutiérrez de la Concha, Porlier, Chacón, Monteverde, cuyas breves semblanzas irán conformando esta ponencia. En segundo lugar, porque el único medio de enlace entre España y América es el marítimo, y los convoyes de armas, pertrechos y tropas se tendrán que hacer necesariamente por mar y con el apoyo esencial de la marina militar, cuando no en sus propios buques. Y, en tercer término, porque buena parte de las operaciones se plantean y ejecutan como navales. Se impone por tanto un trazado de líneas maestras que permitan seguir, dentro de los obligados límites de tiempo y espacio de una conferencia, el contenido de esta aportación marítima en el proceso emancipador de la América española.

La situación creada por la cobarde abdicación de Fernando VII desde su prisión dorada en Francia, y la heroica y despiadada lucha contra los ejércitos napoleónicos invasores del suelo español, propició la creación de las diferentes Juntas Provinciales y de la Junta Central, lo que planteó tanto en España como en América problemas políticos de extraordinaria importancia nunca hasta entonces manifestados. El fenómeno independentista se inició como una repercusión del sistema de autodefensa surgido espontáneamente en España



José Rodríguez de Arias.

para hacer frente a la invasión napoleónica. El último lazo que mantenía la unión era la Corona, y al faltar su titular, todo se desquebraja. Puede ser por tanto la emancipación, y así lo ha constatado Suárez Verdaguer, el fin del Antiguo Régimen en América

Pero si en la Península las Juntas Provinciales reconocerían con pocas reticencias la suprema autoridad de la Junta Central Gubernativa del Reino, que más tarde transmitiría sus poderes a un Consejo de Regencia, en América se discutió su autoridad y se buscaron otras soluciones. Y la razón fue obvia. La Junta Suprema, y la Regencia después, no quisieron reconocer la facultad de los pueblos americanos para formar sus propias juntas, pretendiendo mantener la subordinación de los mismos a las autoridades españolas persistentes, y los antiguos virreinos no aceptaron la doctrina. La lealtad se dirigía al

trono y a la persona del rey cautivo, pero no se extendía al pueblo peninsular, parte como el americano de la unidad de la Monarquía. Este principio será el detonante que, desde los diferentes teatros de operaciones, deberá conducir a la proclamación de las independencias y a promover las guerras de emancipación, en las que la Marina española tendrá asignada una importante cuota de participación.

Así, el oficial de Marina de la España de Ultramar se verá inmerso en la dureza de unas implacables campañas, desasistido la mayor de las veces de toda comprensión y estímulo, y cuya única recompensa al retorno —los que puedan hacerlo— será la de haber sido fiel a las instituciones que sirvió y haber mantenido el juramento de fidelidad a la bandera. Con el deber cumplido y la obediencia y disciplina mantenidas en una serie de extrañas situaciones y cumplimentando discutibles ordenes de mediocres estrategias de limitada visión.

Es importante por tanto, antes de seguir el hilo conductor trazado, recordar que en la guerra de la independencia americana, que no por ello dejaba de ser una guerra fratricida, hubo españoles e hijos de españoles nacidos en Europa que estuvieron al lado de la revolución desde sus comienzos, mientras que españoles criollos o naturales del nuevo continente lucharon hasta el fin contra el intento de emancipación. En principio ambos bandos definieron sus posiciones como patriotas o realistas, aunque más tarde habrían de hacerse frente bajo más concretas derivaciones que las de una simple semántica.

Siguiendo el orden de los sucesos en la América atlántica, la Junta de Caracas, después de su proclamación como «soberana», formó un ejército para imponerse a la de Maracaibo y departamento de Coro, reafirmada en favor de la Regencia. Hubo que mantener por parte española un bloqueo en regla —primeras operaciones navales de la campaña— a la provincia sublevada, ejerciéndolo la fragata *Cornelia*, al mando del capitán de navío José Rodríguez de Arias, bloqueo al que se incorpora la corbeta *Príncipe* y siete buques menores traídos de Puerto Rico y La Habana. Y, aunque no eran suficientes fuerzas para el control de tan amplio litoral, Rodríguez de Arias, cuya semblanza es la de un ilustre marino que llegaría a la más alta escala del almirantazgo, pudo lograr con acierto su objetivo, ya que el gobierno revolucionario estaba huérfano aún de medios navales.

El 5 de julio de 1811 proclamaba Venezuela su independencia, pero el partido realista reaccionó en su contra iniciándose una serie de encarnizados combates. Será un conflicto horrible —escribe José Ramón Alonso—, en el cual un débil grupo de militares españoles, casi nunca apoyados desde la metrópoli, trata de conservar Venezuela para Fernando VII, todavía huésped preclaro de Napoleón.

En febrero del año siguiente, el capitán de fragata Domingo Monteverde, del que se ha dicho que fue un marino que se distinguió por su valor en cuantas operaciones marítimas o navales intervino, al frente de una compañía de Infantería de Marina traída de Puerto Rico, cumpliendo órdenes del virrey Cevallos, derrotó a los rebeldes en tierra, al mismo tiempo que se iniciaban realmente las operaciones navales, ya que los sublevados habían conseguido adquirir los buques necesarios para hacer frente al bloqueo español, amén de expedir numerosas patentes de corso. Monteverde obligó a capitular a Miranda —su principal antagonista— tras la derrota de sus tropas y la recuperación de Puerto Cabello y enterado el gobierno español de los hechos realizados por el marino, no sólo lo ascendió a capitán de navío, sino que lo nombró capitán general de la provincia de Venezuela y presidente de la Audiencia de Caracas, honrándole además con el título de Pacificador.

A Monteverde se le subieron los iniciales triunfos a la cabeza y creó problemas al negarse a entregar el mando al virrey Cevallos una vez terminada la campaña que se le encomendó, actuando por su cuenta y ejerciendo una dura represión en ruptura de los pactos contraídos -lo de *Pacificador* quedó en aguas de borrajas- volvió a encender la guerra en la que las cosas no le fueron tan bien. En los primeros meses de 1813, Bolívar —que tiempo atrás había entregado a Miranda a Monteverde— obtiene señaladas victorias, entrando en Caracas y proclamando la guerra sin cuartel, mientras Monteverde se ve obligado a retirarse a Puerto Cabello y a repatriarse obligado por sus propios soldados. No obstante, vuelto a España, continuó brillantemente su carrera. En 1817 fue ascendido a brigadier y le fueron concedidas la Gran Cruz de Isabel la Católica y la Laureada de San Fernando. En 1824 fue promovido a jefe de escuadra, empleo en el que falleció. Es un personaje indiscutiblemente controvertido, pero de acusado protagonismo en las luchas de Costa Firme.

Se mantenía tranquilo el territorio de Guatemala, gobernado por el antiguo comandante de la *Atrevida*, el jefe de escuadra José de Bustamante y Guerra, cuando surgieron los graves acontecimientos en el virreinato de Nueva España, (Méjico) con el particularismo de que el movimiento insurreccional tuvo aquí acusado carácter popular y no criollo, y sus instigadores fueron en su mayoría humildes clérigos, un poco versión ultramarina de los curas guerrilleros españoles de las guerras de la independencia o carlistas, que manejaban de igual suerte trabuco y sotana.

El apoyo marítimo a las batallas de tierra, reñidas con notable desigualdad numérica, no fue despreciable. Las dotaciones de los buques de guerra surtos en Veracruz, llamadas por el virrey don Francisco Javier Venegas y conducidas a marchas forzadas por el capitán de navío Rosendo Porlier, comandante de la fragata *Atocha*, coadyuvaron notablemente en el rechace de los ataques insurgentes, pero el cura Mercado puso sitio a la ciudad de San Blas en el Pacífico y la rindió, sin que parezca justificada, en opinión de Fernández Duro, la conducta de su gobernador, el teniente de navío José de Lavayen.

Restaurado el orden a medias, se encendió la guerra en las provincias del sur y fue incomunicada Veracruz principal puerto por donde llegaban los recursos y las gentes de los buques de guerra tuvieron que guarnecer los fuertes de San Juan de Ulúa y costa de Tampico en precarias condiciones. Llegaron algunos navíos de refuerzo, pero la lucha se intensificó en 1813 con la pérdida de Acapulco, pero la Marina brilló en la sangrienta guerra de los cinco años fuera de su elemento, cubriendo la falta que se hacía sentir de jefes y oficiales del Ejército y sus jefes destacaron cumplidamente en aquellas no muy eficaces operaciones de una forzada campaña. Así, la columna que mandaba el capitán de fragata Porlier se batió bravamente, ganando la batalla de Zatoplan contra Morelos, sucesor de Hidalgo. Destacaron también los capitanes de fragata Llanos y Ulloa, defensores del puerto de Alvarado contra fuerzas diez veces mayores que las suyas; los tenientes de fragata Argüelles y Casasola, que llevaron a cabo acciones calificadas de heroicas; los tenientes de navío Cárdenas y Soto; el capitán de navío don José de Quevedo en cuyas manos se puso la ciudad de Veracruz, puerta del virreinato y el heroico capitán de fragata, Céspedes, que prisionero de los insurgentes prefirió morir fusilado a que la Marina Real de España pudiera avergonzarse de ver su nombre en la lista de sus oficiales.

En Buenos Aires, la semilla de la insurrección estaba abonada desde 1805, pero no habría de germinar hasta cinco años más tarde. El virrey Santiago Liniers, que de capitán de fragata había sido jefe del apostadero de Buenos Aires y quien gozaba de un merecido prestigio en todo el Río de la Plata, fue sustituido por razones poco convincentes por el teniente general de la Armada don Baltasar Hidalgo de Cisneros, que para no caer en la desconfianza que había provocado el cese de Linniers adoptó medidas de indudable acierto político como la de decretar la libertad de comercio, pero lo mismo que Venezuela, fue la noticia de la entrada de los franceses en Andalucía, la disolución de la Junta Central y el sitio de Cádiz, los determinantes más inmediatos de la sublevación, instalándose una Junta Soberana el 25 de mayo de 1810, que

proclamando, los derechos de Fernando VII, bien pronto asomó su verdadera imagen destituyendo al virrey y embarcándolo para Canarias, con lo que tuvo más suerte que muchos de sus subordinados que quedaron para siempre en tierra argentina

Ante tal estado de cosas, el destituido Liniers, que se encontraba en Córdoba de Tucumán junto al gobernador de aquella provincia, capitán de fragata Juan Gutiérrez de la Concha, intentó oponerse a la sublevación reuniendo tropas y efectivos, pero la Junta de Buenos Aires, a la que no se le ocultaba el peligro que suponía el prestigio del antiguo virrey, le ganó por la mano obligándole a ponerse en camino hacia Perú

en compañía de los comprometidos por la causa española, buscando una toma de contacto con el ejército realista, sin ver conseguido sus deseos, ya que vendidos y abandonados por sus guías fueron alcanzados por la caballería y fusilados sin contemplación. Con ello los rebeldes estuvieron en posición de atacar Montevideo, punto importante por ser base de estación de la Marina Real, sin conseguir tampoco sus propósitos, pues los marinos gobernados por el jefe de escuadra don José María de Salazar se impusieron, encerrando a los dirigentes enemigos en la goleta *Prosperidad* y reconocida la Regencia en comunicación con España se reafirmó el poder existente.



Con ayudas no regateadas por parte de Inglaterra y de Estados Unidos, la Junta de Buenos Aires pudo contar con una escuadrilla compuesta de un bergantín de 18 cañones, una goleta de 10 y una balandra de tres. En su búsqueda salió rápidamente el capitán de fragata Jacinto Romarate con los bergantines *Cisne* y *Belén* y dos faluchos, dándoles alcance, abordándolos y hundiéndolos haciéndose dueño después de la batería de tierra cuyos cañones pasó después a sus buques. Fue esta el llamado combate del Arro-



yo de la China y la primera derrota del mercenario maltés Azzopardo, primer jefe de la Marina argentina. Poco tiempo después, reforzadas sus fuerzas navales con la compra de diferentes buques, se nombró comodoro de la incipiente flota a un inglés, antiguo contrabandista del Río de la Plata, William Brown, que en poco tiempo estuvo en disposición de atacar a Romarate, quien con una división de buques ligeros barajaba la costa atacando los puertos insurgentes, correrías con las que se procuraba, en brillantes golpes de efecto, los víveres y municiones que tanto escaseaban. En los combates que se libraron, Romarate consiguió llevar de entrada la mejor parte, pero los rebeldes lograron la ventaja de aislar Montevideo y separar

la escuadra, ejerciendo Brown un bloqueo tan efectivo que obligó al capitán general don Gaspar de Vigodet a capitular, si bien en honrosas condiciones que no fueron cumplidas por los insurgentes.

Hay coincidencia de opiniones en historiadores y analistas en que, tal como iba la revolución de los dominios de ultramar en el momento del regreso a Madrid de Fernando VII, hubiera sido fácil acabarla por medio de una política de tolerancia y comprensión concediéndoles el disfrute de ciertas libertades, sobre todo en los ámbitos políticos y administrativos, mentalizando a sus naturales con la idea familiar de la patria común. Pero Fernando VII no lo entendió así, y al igual que dispuso para la metrópoli la vuelta al antiguo orden, dispuso también, con equivocada visión de futuro, un riguroso plan para la todavía América española, preparando la expedición de Morillo con tajantes órdenes de asentamiento del pabellón real en su versión autoritaria por los medios que fuesen. Esta imposición absolutista desacertada, de manifiesta miopía política, sería un nuevo y poderoso factor disgregante para los territorios españoles del nuevo mundo.

Una considerable fuerza de 10.000 hombres, repartidos entre 18 navíos, fragatas y transportes, partió de Cádiz a finales de 1814 bajo la jefatura del general Pablo Morillo, que había sido soldado y después alférez de Infantería de Marina en sus años mozos, y que llegó a la costa venezolana cuando estaba prácticamente pacificada. Una parte de la expedición pasó por mar a Santa Marta, mientras que los buques mayores perseguían a los corsarios de Cartagena, ciudad a la que rindió después de someterla a un duro bloqueo. El jefe de las operaciones navales también era un prestigioso marino, el brigadier don Pascual Enrile.

No vamos a seguir la trayectoria y desarrollo de los acontecimientos que a la postre conllevaron la independencia de la América española, pero sí fijar la atención en los marinos que estuvieron inmersos en sus principales avatares, y no solo referido a los españoles, puesto que también criollos como Blanco Encalada, Matías Zapiola, José Padilla o Luis Brión tuvieron mucho que decir. Morillo sostuvo no obstante la lucha con alternativa de éxitos y reveses, hasta que a fines de 1820 suscribe un armisticio con Bolívar y regresa a España desmoralizado y deshecho. La ayuda que a través del Cuerpo expedicionario sublevado por Riego en las Cabezas de San Juan debía haber recibido, no pudo hacerse efectiva, y el nuevo cambio de rumbo de la política española tendría de inmediato sus repercusiones en América.



Tras la repatriación de Morillo, siguiendo instrucciones del gobierno, las tropas que aún permanecían en América quedaban al mando del mariscal de campo don Miguel de la Torre, que dejaba estipulado con Bolívar un armisticio de seis meses para tratar de encontrar durante esa acordada suspensión de hostilidades la fórmula de una prórroga indefinida. Se designaron comisiones oficiales para cada región y el gobierno los buscó entre oficiales de Marina en razón de sus conocimientos de tierras y personas sin profundizar en el terreno de las ideas. Así para Venezuela fueron nombrados el brigadier José Sartorio y el capitán de fragata Francisco Espeliú, para Santa Fe en Nueva Granada, el capitán de navío Tomás Urrechea y el de fragata Juan Barri, para el Perú el brigadier José Rodríguez de Arias y el capitán de fragata Manuel Abréu y para Méjico el brigadier Carlos de Irisarri. Nombres todos, grandes desconocidos o injustamente olvidados, pero con derecho propio a figurar en las listas de los beneméritos de la patria.

Por los límites de espacio y tiempo no podemos extendernos en el estudio de la presencia naval en la cornisa del Pacífico, sobre todo en el proceso independentista de Chile, en el que hay nombres como los del brigadier Antonio Pareja, capitán de fragata Joaquín Bocalán y capitán de navío Tomás Blanco Cabrera, quienes obligaron a las fuerzas chilenas de O'Higgins a levantar el sitio de Talcahuano. Las derrotas españolas de Chacabuco y Maipú, el increíble paso de los Andes del general José de San Martín y la incorporación a la escuadra chilena de otro mercenario, el almirante inglés lord Cochrane, que antes había luchado a favor de los españoles en la guerra de la independencia,



favoreció la suerte de los insurgentes. Pero las divergencias entre San Martín y Cochrane estuvieron a punto de causar serias complicaciones en la marcha favorable de la independencia chileno-peruana.

El año de 1824, el de Ayacucho, se pudo socorrer a los defensores de Chiloé con la llegada del navío *Asia* y del bergantín *Aquiles*, a las órdenes del jefe de escuadra Roque Guruceta a que obró con prudencia y parsimonia y pudo haber sacado más fruto de su honrosa comisión. Quizá pensara que la suerte del Pacífico estaba echada de antemano.

No quisiera terminar este urgente recorrido, a todas luces incompleto, sin el recuerdo a los dos ilustres jefes

de la Armada que cerraron el ciclo histórico de la presencia española en América, cuando ya las nuevas banderas de las repúblicas independientes flameaban sus pliegues. El jefe de escuadra don Ángel Laborde y el brigadier don Juan Bautista Topete y Viana (padre del que también sería famoso, aunque por otras causas, don Juan Bautista Topete y Carballo). A don Ángel



Laborde, gaditano, se le considera un marino excepcional cuya proyección americana será notable. El 11 de noviembre de 1820, siendo capitán de fragata, salió de Cádiz al mando de la división naval integrada por las fragatas *Ligera*, *Viva* y *Aretusa* y los bergantines *Hércules* y *Hiena*. También se le había nombrado gobernador de Puerto Cabello. Las extraordinarias dotes y virtudes castrenses de este gran marino contribuirían a mantener el pabellón nacional alzado por más tiempo que en otros territorios. Y ello gracias a la campaña marítima sostenida prodigiosamente sin recursos de ninguna especie.

Notable campaña. Con escasísimos medios, hizo frente a los corsarios colombianos teniendo que formar convoyes de escolta hasta Puerto

Rico. La decisiva victoria de Carabobo, conseguida por los hombres de Bolívar, trajo como inmediata consecuencia el abandono de Caracas y el insostenible puerto de La Guaira. El genio de Laborde sobresalió en la evacuación hasta Puerto Cabello, donde permanecían unos 4.000 o 5.000 veteranos del Ejército Real. La arriesgada misión de Laborde entrañaba conducción de convoyes a Puerto Rico, formando otros de provisiones para la plaza bloqueada y manteniendo comunicación con Curaçao, de donde se obtenían recursos. Todo ello manteniendo en jaque a las fuerzas insurgentes, mandadas por el sucesor de Brión —un aventurero norteamericano apellidado Daniels—, disponiendo solamente de la fragata *Ligera*, una de las famosas y ruinosas embarcaciones compradas a los rusos.



El nombramiento del general don Francisco Tomás Morales como gobernador de Venezuela tuvo para el historiador Fernández Duro consecuencias negativas, ya que, subvalorando la importancia de Puerto Cabello y la conveniencia de mantenerlo a todo trance, concentró sus ideas en la reconquista de Maracaibo, empleando cuantos elementos tuvo a su alcance. El caso es que, durante casi un año, Morales fue el árbitro de Venezuela, aunque sin refuerzos, y limitado a sus precarios recursos, tuviera que capitular finalmente. Laborde hizo lo imposible por impedirlo, ya que acudió con la *Ligera* en socorro de Maracaibo teniendo que hacer frente a nuevos ataques insurgentes, ferozmente combatido por el mulato Padilla —que había sido contramaestre español en la batalla de Trafalgar— en la posesión del lago caribeño. Morales cargó las tintas contra Laborde injustamente, lo que promovió que, en defensa de su buen nombre, publicara un opúsculo de contestación a las imputaciones que directamente le hace el mariscal de campo don Francisco Tomás Morales, excapitán general de la provincia de Venezuela, en su parte del 31 de agosto del presente año, dirigido al «Excmo. Señor Capitán General de la Isla de Cuba». El folleto está impreso en Nueva York en 1823 por George Long.

Ascendido a brigadier, y nombrado comandante general del apostadero de La Habana, realizó notables comisiones con su incrementada escuadra (refuerzos peninsulares, como el navío *Guerrero*, las fragatas *Lealtad*, *Iberia* *Perla*, más los buques menores con que contaba) por la Costa Firme, ante Cartagena, La Guaira, Santa Marta y Cumaná. Morales logró que los colombianos desarmaran sus buques grandes, limpió aquellas aguas de corsarios y, apoyado únicamente en el dominio español de Cuba y Puerto Rico, organizó el servicio



de Marina en ellas, manteniendo el apostadero de La Habana en constante estado de actividad y eficacia.

Don Juan Bautista Topete y Viana, nacido en Cartagena de Indias en el seno de una familia de ilustres marinos (su padre, don Juan de Dios Topete y Fuentes, fue uno de ellos), comparte con Laborde el mérito testimonial de las últimas defensas del pabellón nacional en la América hispana con la defensa del castillo de San Juan de Ulúa, en México, que no se hubiese prolongado hasta fines de 1825 sin los esfuerzos, pericia y ardor combativo de quien nos ocupa, obligado tras la inevitable rendición a compartir destino con Laborde en la defensa de las costas de la isla de Cuba, la dirección de los trabajos del arsenal de La Habana y otros impor-

tantos cometidos. Vuelto a España, su currículum seguiría creciendo, pues fue capitán general del Departamento de Cádiz e incluso ministro de Marina en uno de los gobiernos del general Narváez.

En 1829, Fernando VII hizo un supremo esfuerzo por rescatar el virreinato de México, en el que creía contar con una mayor predisposición. Nuevamente Laborde, con 13 unidades bajo su mando, desembarcó en Cabo Rojas a 4.000 hombres que se apoderaron de Tampico. Pero, poseído de una absurda confianza —quizá de ese complejo de superioridad, tantas veces evidenciado, del soldado sobre el marino—, el jefe de la expedición, general Barradas, hizo regresar a la escuadra, entendiéndolo que por sí solo podía someter al país sin dificultad. Pero los mejicanos rechazaron una nueva sumisión a España, por lo que la fuerza expedicionaria, diezmada por el hambre y las enfermedades, se vio obligada a aceptar una vergonzosa capitulación, regresando a Cuba los maltrechos soldados que quedaban en muy penosas condiciones.

A don Ángel Laborde, que en aquellas fechas ya era jefe de escuadra, le fue ofrecida la cartera de Marina, pero prefirió conservar el mando del apostadero al que tantos esfuerzos había dedicado. Sus desvelos se vieron de nuevo premiados con la Gran Cruz de Carlos III, que venía a unirse a la de Isabel la Católica y la de San Hermenegildo, amén de otras distinciones, como la diadema de Marina de San Fernando de primera clase y otras por servicios especiales.

Laborde, nacido en Cádiz, murió en La Habana en 1833. Un mismo mar Atlántico, con sus lejanas orillas contrapuestas, marcó el comienzo y fin de su vida. Le sucedió don Juan Topete, su segundo en el apostadero y al que, como se ha dicho, le quedaban aún reservadas páginas de creciente gloria.

Poco queda ya que decir del esfuerzo naval en los mares de la América española perdida totalmente su vinculación peninsular. Gestiones de paz se hicieron a la búsqueda de una concordia que tardó mucho tiempo en llegar. En la América atlántica, todavía en vida de Fernando VII no quedaba otra presencia española que Cuba y Puerto Rico, y en ellas habrá de evidenciarse nuevamente la capacidad de sacrificio de una Marina que, en sus hombres y sus buques, ha de soportar con increíble disciplina y patriotismo los incoherentes bandazos de la política.